



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Síntesis Bibliográfica

Autor:

Revista

Anales de Historia Antigua y Medieval

1978 - 18 y 19, pag. 478 - 506



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

SINTESIS BIBLIOGRAFICA

HANDBUCH DER DEUTSCHEN WIRTSCHAFTS: *Und Sozialgeschichte*, ed. por H. Aubin y otros. Union Verlag, Stuttgart, 1971, vol. I, 714 págs.

El libro cuyo análisis abordamos es una obra de gran envergadura concebida a modo de complemento del "Handbuch der deutschen Geschichte" de J. Gebhardt, la principal obra de conjunto moderna para la historia de Alemania. La redacción de los temas se encomendó a los estudiosos considerados la autoridad máxima en cada uno de ellos. A pesar de que en el transcurso de la redacción de la obra fallecieron tres de los especialistas, pudieron no obstante aprovecharse el borrador preparado por H. Aubin sobre la industria y el comercio en el período 500-900 como asimismo el mapa relativo a la economía de Europa alrededor del año 1500 de H. Ammann. El prefacio aclara que el tratamiento de los temas se mantiene dentro del marco tradicional de la historiografía y ofrece al lector el estado actual de la investigación en el ámbito alemán. Para nosotros es obra de gran importancia por abarcar los períodos antiguo y medieval y por no estar traducida al idioma castellano. La periodización de este volumen que abarca desde los orígenes hasta 1800 es:

- 1) desde los orígenes hasta el año 500.
- 2) 500 - 900.
- 3) 900 - 1350.
- 4) 1350 - 1500.
- 5) 1500 - 1648.
- 6) 1648 - 1800.

En cada uno de estos períodos se analizan en capítulos por separado el trabajo rural, la industria y el comercio y la evolución social con inclusión de material cartográfico, estadístico y registro de fuentes. Asimismo se evitaron cuidadosamente las posibles superposiciones y se señalan las eventuales contradicciones en capítulos redactados por autores diferentes.

En nuestro análisis nos circunscribimos al período desde los orígenes hasta 1500 y señalamos las noticias de esta obra que consideramos aportes importantes para conectar el ámbito alemán con el resto de Europa occidental.

El capítulo de H. Aubin referente a las relaciones de la Germania con el Imperio Romano, señala que la Germania se encontraba aún en la edad del hierro en el momento en que entró en contacto con el mundo

romano. Dicho contacto se inició con los pueblos alpinos y transalpinos a partir del centro comercial de Aquilea, fundada en 181 a. C., con dirección a Carintia donde existían minas de hierro, de cuya comercialización se hizo cargo Roma. Más tarde el centro de gravedad de los contactos se desplazó hacia occidente como consecuencia de las conquistas de César a quien llamaron la atención ciertos adelantos técnicos logrados por los pueblos conquistados, como ser el empleo de abonos calcáreos por los celtas, mientras en las regiones septentrionales se empleaba la marga para el mismo fin, y entre los recios encontró un arado con ruedas y cuchilla de metal y una máquina cortadora con ruedas que recogía en un cajón las espigas cortadas. Entre los celtas a la nobleza terrateniente acompañaba un séquito que constituía la caballería de cada tribu. Los celtas habían desarrollado asimismo una adelantada industria de los metales, la abundancia de ganado ovino favoreció a la industria textil y según César la población dedicada a la explotación de las minas y a las industrias se alojaba en "*oppida*" defendidas por "*muros gallicos*" de malera y piedra, en cuyo interior estaban separados los barrios de vivienda de los de trabajo y de los espacios dedicados al culto. Los numerosos contactos comerciales con Roma y la fundación de colonias habitadas principalmente por veteranos de guerra dio lugar a importantes intercambios entre los dos mundos, como ser la introducción de técnicas agrícolas mediterráneas en el ámbito germano que a su vez exportó el cultivo de la cebada y la marga como abono. En los puntos de contacto entre Roma y la Germania la presencia de las vías romanas y de las construcciones destinadas al intercambio y al alojamiento de las personas fue la infraestructura sobre la cual se operó un importante adelanto económico especialmente en la esfera de la elaboración de cerámica según técnicas romanas y locales, la elaboración de prendas de vestir para el ejército romano, el surgimiento de centros urbanos, y un aumento en los intercambios comerciales, como consecuencia de los cuales hicieron su aparición en el mundo romano mercaderes renanos que llegaban hasta Burdeos e incluso a las islas británicas e Italia, debiendo tenerse en cuenta que las exportaciones de Germania fueron menos importantes que sus importaciones. Los principales objetos de exportación fueron los adornos para el cabello de las mujeres, ámbar, jamón y paños de Tréveris. Es conocida la importancia de los germanos en los ejércitos romanos, y como consecuencia se operó un importante ascenso social de la población germana en el Imperio.

Las irrupciones de germanos al interior del Imperio a partir del siglo II y la consiguiente toma de prisioneros romanos conducidos a Germania tuvo un efecto culturalizante sobre la población germana que se manifestó en una intensificación de las explotaciones. En cambio los alemanes y francos en sus avances de los siglos III y IV no utilizaron las construcciones romanas de piedra y se mantuvieron fieles a la madera en la edificación. La contratación por parte de Roma de ejércitos germanos durante el siglo IV y los saqueos a que ellos se dedicaron en territorio romano o bárbaro tuvo por consecuencia un trasvasamiento de riqueza y tesoros que se manifiesta en la aparición de gran número de joyas de oro en la Germania. Los pueblos germanos que irrumpieron en el Imperio durante el siglo V, a su paso por las estepas recibieron influencias orientales y comenzaron a fabricar joyas y armas con incrustaciones de piedras

preciosas, filigranas, granulaciones y figuras animales de origen norasiático. A esto los godos agregaron formas romanas. Los motivos orientales fueron transmitidos a Escandinavia y anglos, sajones y jutos los llevaron hasta Inglaterra.

El capítulo redactado por H. Jankuhn dedicado a la situación en la Germania libre hasta el año 500, señala que durante los siglos III y IV se produjeron agrupamientos tribales de mayor cohesión de lo que era el caso hasta ese momento que utilizaron nombres antiguos o nuevos y que constituyeron la base del desarrollo medieval. Analiza la cuestión incierta de la densidad de población entre los germanos como asimismo sus formas económicas que fueron principalmente la cría de ganado, el cultivo de plantas y cereales, las formas de cultivo y las nuevas roturaciones. Señala que las industrias de los germanos fueron la extracción del hierro, trabajos en bronce y metales preciosos, trabajos en hueso y asta, de tala-bartería, la extracción de la sal, la cerámica y la carpintería. El comercio estuvo principalmente en manos de romanos y la moneda llegada a la Germania casi siempre fue tesaurizada y se convirtió en joyas. Indica la inseguridad acerca de si las "*emporía*" eran lugares de intercambio transitorios o permanentes y se refiere a las rutas comerciales y las mercaderías de las cuales la Germania exportaba principalmente ámbar y esclavos, mientras importaba desde Roma vino y productos alimenticios y piedras de molino de basalto. En cuanto a los cuadros sociales, señala que subsiste la incertidumbre a este respecto, pero se inclina a favor de la teoría de Dannenbauer según la cual hubo una nobleza con influencia predominante sobre los grupos libres. La existencia de reyes está atestiguada desde temprano pero no se sabe con seguridad si éstos eran jefes militares o si ejercían funciones religiosas, como tampoco es clara la distinción entre "*nobiles*", "*principes*" y "*reges*". Los ajuares fúnebres indican una evolución que parece haber partido de los caudillos de aldea hasta llegar a los reyes merovingios, y los testimonios arqueológicos parecen indicar que se produjo una diferenciación social cada vez más acentuada durante los primeros siglos d. C. Los testimonios arrojados por las ofrendas religiosas indican la preponderancia de la ganadería sobre la agricultura, no habiéndose encontrado ofrendas procedentes de la industria, con excepción del instrumental guerrero que aparece desde los siglos II y III y que desde el siglo V se caracteriza por pertenecer exclusivamente al equipamiento de una aristocracia ecuestre.

El capítulo en que W. Abel efectúa el análisis del trabajo rural durante el período 500-900, comienza por apoyar la tesis de un descenso demográfico a partir de dos siglos II y III que no encontraría su justificación en las migraciones. Asimismo se inclina contra la teoría de las aldeas grandes y apoya las investigaciones más recientes según las cuales los asentamientos rurales habrían sido de grupos flojos o individuales, en que las casas no habrían estado rodeadas de grandes extensiones de cultivos y pastos, sino de un estrecho anillo que abarcaba tierras de huerta y cultivo, de pastos y el bosque que servía de pastura próxima y nocturna, mientras más allá el bosque más denso hacía las veces de pastura de verano y servía para la caza, la leña y la madera, y más lejos aún se extendía el bosque virgen. Junto a los ríos, en las regiones montañosas, los valles y las regiones pantanosas, los asentamientos rurales tuvieron

características propias que se adaptaban a la topografía. La legislación que dejaron los reinos romano-germánicos ofrece pocas noticias referentes a la agricultura y no aclara las palabras de Tácito "*arva per annos mutant et super est ager*", pero han dejado testimonios de que además de los cereales como el centeno, la cebada, la avena, el trigo, la espelta y el mijo, se cultivaban zanahorias, chauchas, arvejas, lentejas y lino, que los campos se medían por *andecingas* y *aripennis*, la primera de 1500 m² que equivale a menos de 1/6 de ha. Como equipos agrícolas se mencionan la rastra y el arado, éste según dos modelos, el *aratrum* que era un simple gancho que arañaba la superficie y la *carruca* atestiguada ya por Plinio en la Recia y que probablemente ya era un arado de dos ruedas con cuchilla y vertedera y del cual también se han encontrado restos arqueológicos a orillas del Mar del Norte. Los animales de tiro eran habitualmente el buey y ocasionalmente el caballo. El hierro se utilizaba poco y su robo era muy castigado. En la legislación germana existen algunas referencias a huertas, viñedos y frutas, en cambio son numerosas las disposiciones referentes a ganadería, a la cual se destinaba la extensión mayor de las tierras, pues su explotación era mucho menos trabajosa. Las investigaciones permiten suponer que la alimentación del hombre del período referido era de 100 kg. de carne por persona por año y 1.000 litros de leche por persona por año que arrojaría 1.600 calorías por persona por día, o sea la mitad de lo necesario. Es probable que el resto se cubría con lo que arrojaba la pesca, la caza y la agricultura. Llama la atención que no se haga hincapié en la alimentación basada sobre los cereales y que aparezcan los productos animales como la principal fuente de alimentación. La situación variaba de región en región y es evidente que los excedentes de producción eran escasos. Es probable que se haya producido una intensificación de las explotaciones como consecuencia del aumento demográfico que parece haberse registrado a partir del siglo VII cuando en la frontera oriental de Baviera aparecieron colonias, en las cuales los pobladores tenían al rey por único señor. Durante los siglos VIII y IX aparecen instalaciones de campesinos en regiones boscosas por iniciativa individual y junto a ellas iniciativas reales y eclesiásticas, en especial las fundaciones de monasterios según el modelo benedictino que oponía las "*opera manuum cotidiana*" a la "*otiositas inimica animae*". No obstante, el bosque continuó teniendo enorme importancia y no deben sobreestimarse los adelantos técnicos, si bien puede suponerse una difusión mayor del arado con vertedera y el perfeccionamiento de sus partes metálicas. La hoz era más frecuente que la guadaña. En este período hay que ubicar la introducción de la collera rígida (hay un dibujo de aproximadamente el año 800), la herradura ya empleada por los galos desapareció hasta el siglo IX o X en que se la encuentra mencionada en la canción de Walthari y en otras fuentes. El trillo se introdujo y encontró rápida difusión, probablemente porque para fabricarlo se empleaba solamente madera, en cambio el molino de agua tuvo una difusión mucho más lenta y en general se lo encuentra sólo en los grandes dominios. Es probable que hasta el año 1000 la mayor parte de los cereales era trabajada a mano o con molinos de tracción animal. Durante el período carolingio se difundieron importantes innovaciones en la explotación del campo, el cultivo trienal y

la reunión de parcelas dispersas para una explotación más racional de las mismas. La aplicación de estos adelantos a menudo chocó con dificultades en su aplicación práctica y sólo a fines de la Edad Media surgió en forma generalizada la *aldea alemana* con comunidad de tierras explotadas en común por un grupo de aldeanos. Hubo diferencias entre los campesinos según sus posibilidades económicas y su posición social, y sobre ellos se encontraba una capa noble y señorial que no tuvo mucha importancia hasta el año 500 y sólo la adquirió con el desarrollo de la monarquía franca, que tuvo por consecuencia una estructuración de la sociedad en cuyo centro se encontraba el régimen señorial de las tierras. Bajo este término se agrupan conceptos diferentes según si se enfocan desde puntos de vista administrativo, jurídico o social, y desde el punto de vista económico hay que distinguir entre dominios con o sin explotación señorial propia, y otros donde la explotación se encomendaba casi exclusivamente a campesinos de condición servil, como fue el caso en el oeste de Francia. Hubo asimismo dominios de vasta superficie dispersa, como ocurría en el caso de muchos monasterios, en que la explotación estaba diversificada debido a la misma dispersión del dominio, aunque eran mucho más numerosos los dominios unitarios en que la casa señorial estaba en relación directa con los mansos de los campesinos. Asimismo hay que distinguir entre los dominios según quiénes eran los portadores de la autoridad. Hubo dominios reales, eclesiásticos y de la nobleza, y junto a éstos existían dominios generalmente mínimos, de los cuales tenemos noticias sólo a través de las fuentes que mencionan la donación de los mismos por sus dueños a iglesias o monasterios y de los cuales se ignora si eran de origen ministerial o campesino. Menciona los cultivos y trabajos que se efectuaban en un dominio, y en cuanto al rendimiento variable de año en año y de lugar en lugar señala que si se considera que una cosecha normal rendía 1×3 , si se tiene en cuenta la necesidad de retener semilla para la próxima siembra, el excedente era ínfimo y no ofrecía la posibilidad de almacenar grandes reservas para los frecuentes años de malas cosechas. Una hambruna tremenda fue la de los años 792-793, y en ocasiones semejantes intervenía el rey y disponía ayunos y oraciones, precios máximos para el pan y los cereales que debían venderse abaratados en los dominios reales. Resumiendo, afirma que sobre la suma de la economía campesina se elevaba la pirámide de las administraciones señoriales entrelazadas unas con otras, de modo que la observación desde arriba ofrecía el cuadro del gran dominio o, con otras palabras, el de la economía de administración central, y señala que este sistema pudo ser eficaz mientras apenas existieron ciudades y mercados. La obediencia de los subalternos se obtenía mediante órdenes, prohibiciones, premios, castigos y el llamado a su fidelidad.

En el capítulo siguiente H. Aubin y H. Jankuhn analizan la industria y el comercio en el período 500-800. Para ello distinguen entre tres regiones: la primera correspondía a las antiguas posesiones romanas, la segunda era de transición con mezcla de elementos romanos y germanos y la tercera puramente germana. En la primera de estas regiones en los siglos siguientes a la caída del Imperio se nota que industria y comercio evolucionan en una lenta línea ascendente y explican este hecho en el

sentido de que la desaparición del imperio significó una pérdida cultural, pero que las poblaciones locales se vieron libres de las tremendas cargas tributicias que el Imperio les había impuesto, que fueron mucho menores en los reinos romano-germánicos; por otra parte, supone que contingentes importantes de población que en el Imperio habían pasado a situación de dependencia, se pasaron al lado germano en el momento de las invasiones para recuperar su libertad, y señala la importancia que han tenido siempre los grandes traslados de población como factor de desarrollo. El ascenso económico comenzó a notarse primeramente ya durante el período merovingio en la región noroccidental de Europa, desde donde ya se habían exportado anteriormente productos cerámicos y piedras basálticas para la molienda a Inglaterra, Frisia y más al norte, como asimismo existían talleres de orfebrería en la región del Rin. Desde Inglaterra se importaban paños en el período de Carlomagno y allí se acuñaba la moneda *sceatta* que fue imitada por los frisones, quienes a su vez elaboraban paños. La acuñación de la *sceatta* indica la separación con relación al ámbito monetario bizantino y su difusión indica la importancia y extensión del comercio de los frisones. Hubo por consiguiente con anterioridad a la llegada de los musulmanes un circuito mercantil que estaba en manos de los germanos y era independiente del Mediterráneo. También existieron contactos comerciales con el mundo eslavo, probablemente por medio de caravanas y se intercambiaban productos raros y esclavos. Al norte de Italia le cupo un papel importante como intermediaria entre Oriente y las regiones al norte de los Alpes. Con todo esto quedaría totalmente desechada la teoría de una continuidad del comercio a través del Mediterráneo hasta el momento de la invasión musulmana. Luego señala que la circulación monetaria aumentó después de producida la invasión musulmana. El período de Carlomagno ofreció a la población un prolongado período de paz que favoreció a la economía y al aumento demográfico, pero se operó una nueva retracción debido a las luchas del período que siguió y a las segundas invasiones. Los Estados en este período aún no fueron exigentes pues vivían de sus reservas de tierras, y el orden caballeresco en cuanto explotador de las tierras no tuvo importancia, pero paulatinamente adquirió importancia como consumidor. No se agregaron adelantos técnicos a los heredados del período anterior. El comercio de larga distancia estaría en manos de mercaderes cuyo punto de partida eran sus asentamientos rurales y que viajaban en la época favorable del año. Ya en el siglo IX las fuentes atestiguan para el norte de Europa *mercatores manentes* y los productos que se intercambiaban eran artículos destinados a las capas altas de la sociedad. En el ámbito del Mar del Norte surge en este período el concepto de *Wik*, que era un lugar en el cual los mercaderes se reunían para efectuar sus intercambios. Estos *Wik* son señalados por otros autores de lengua alemana como uno de los gérmenes de las futuras ciudades medievales. Los mercaderes se trasladaban en grupos que eran verdaderas *conjuraciones* o guildas que perseguían fines defensivos hacia afuera y la regulación del orden hacia adentro. Los mercaderes también encontraban la seguridad necesaria para sus transacciones junto a las sedes episcopales, señoriales o conventos que fueron a su vez consumidores, pero los autores

insisten en la importancia de los *Wik* que en Italia se llamaron *borgo* y en Borgoña *bourg*, sin que estos términos señalaran fortalezas, sino que tienen significado adjetivo de burgués, como ocurrió por ejemplo en el caso de Colonia que de *Civitas* episcopal se convirtió en ciudad imperial libre debido a la importancia de su franja costera a extramuros, donde se desarrollaba un importante intercambio comercial. Los autores no consideran que la aparición de los vikingos con su amplia red comercial haya beneficiado al comercio continental, pues ellos aprovisionaban sólo a su propia clase alta. El paso de la economía rural a la mercantil exigía una oferta permanente ya sea de productos de la esfera rural próxima como de los del comercio de distancia que ofrecían los mercaderes *manentes*; este hecho parece estar atestiguado en establecimientos tales como Haithabu, Birka y Gante. Los mercaderes a su vez necesitaban de un mercado que les ofreciese los productos necesarios para su subsistencia cotidiana y de un artesanado que trabajase para el mercado y los mercaderes. En determinados lugares parece haber evolucionado una especialización industrial como ser la fabricación de paños en Inglaterra y Frisia, las espadas francas de probable origen renano, vidriería y alfarería. Toda esta actividad echó las bases para el renacimiento urbano del período siguiente. En ese período de fundación de ciudades los artesanos fueron más numerosos que los mercaderes y surge así un mercado que tiene mayor importancia económica que la feria de los productos de origen lejano.

En el capítulo siguiente R. Sprandel analiza la situación del comercio y la industria durante el siglo IX en la región oriental del Imperio Carolingio. Señala que allí la presencia de la iglesia, la monarquía y los señores terratenientes hizo que parte de la población viviese en estrecho contacto con las residencias señoriales que le transmitieron importantes elementos culturales romanos. En estas residencias, especialmente las eclesiásticas, se alojaban zapateros, talabarteros, tejedores, lustradores de espadas, toneleros, etc., muchos de los cuales seguramente no habitaban en la misma residencia señorial sino en tierras próximas que contribuían a su alimentación. Existen también noticias relativas a artífices, cuya posición con seguridad era más elevada que la de los antes citados y cuyas tareas, para las cuales existían textos y recetarios, con seguridad constituían parte del servicio divino. Lo mismo ocurría en las cortes reales y de la nobleza. Los constructores y albañiles seguían el modelo bizantino. En el período que va de 750 a 850 se construyeron en todo el ámbito carolingio 544 grandes edificios de piedra, entre ellos 27 catedrales, 417 monasterios y 100 residencias reales. Entre tanto el común de la población seguía habitando en viviendas sumamente primitivas, tal como era el caso de su vestimenta. Destaca que se mantiene la incertidumbre acerca de la existencia en las aldeas de un artesanado con división de trabajo para satisfacer las necesidades recíprocas de los habitantes. Las comunicaciones entre las diferentes regiones del Imperio fueron numerosas, pero habitualmente tuvieron carácter administrativo y eclesiástico; hubo viajes de peregrinos y transportes de mercaderías o *angaria* debidos a la extensión y dispersión de muchos dominios. Hubo una legislación para la protección de los viajeros, especialmente los judíos, y cartas de protección emitidas a nombre de personas determinadas. No hay muchas noticias sobre el estado de

los caminos, pero sí capitulares reales en las cuales los reyes se interesan por el estado de caminos y puentes. Las invasiones normandas entorpecieron el comercio en las regiones septentrionales, con excepción de los frisones que ocuparon una posición intermedia entre los normandos y los francos y cuyo puerto de *Dorestad* tuvo una importancia similar a la de Haithabu y Birka. En la región oriental se desarrolló el intercambio con ávaros y eslavos. Cuando los señores eclesiásticos viajaban, obtenían cartas de franquicia para los productos que traían. En la región oriental la actividad comercial fue reducida y no contó con el estímulo oficial, pues los carolingios adoptaron la legislación eclesiástica, que prohibía el cobro de intereses. Esta legislación no se aplicaba a los judíos que por ende se encontraban en una situación más favorable para comerciar. Se entregaban cartas de privilegio a determinados mercaderes individuales que abastecían a las residencias reales. En la región oriental arrancaban rutas comerciales desde Magdeburgo y Regensburgo hacia Maguncia en el oeste, donde empalmaban con el camino que conducía a Verdún, donde se intercambiaban productos, en especial con el mundo árabe, que compraba pieles y esclavos y vendía especias y seda. En el ámbito alemán el volumen del comercio fue por ende reducido y estaba prohibida la exportación de cereales en años de malas cosechas, de esclavos cristianos, caballos y armas. Asimismo la circulación monetaria fue reducida, como también la acuñación de moneda. Estaba prohibida la acuñación de monedas de oro, hecho que plantea el interrogante de qué ocurrió con los tesoros ávaro y del norte de Italia que cayeron en manos de Carlomagno. Es posible que haya habido un intercambio de oro por plata con el mundo árabe, y los sucesores de Carlomagno perdieron enormes cantidades de metales preciosos en tributos abonados al mundo escandinavo.

Los cambios sociales operados en el período 500-900 son analizados por K. Bosl, quien señala que esta periodización tuvo en cuenta a la historia política y no las tendencias sociales, para las cuales habría que señalar un período desde el año 500 hasta el siglo XI que podría denominarse época arcaica, mientras en el período que arranca desde allí hasta los siglos XVIII o XIX se puede hablar de fundamentos arcaicos de la sociedad moderna. Al principio del período tenido en cuenta existieron enormes diferencias en la sociedad de la que sería más tarde la parte alemana del imperio carolingio y la de las tierras que pertenecieron al imperio romano y a la región del *limes* romano. Durante los siglos VIII y IX en esas tierras más remotas se hizo cada vez más sensible la influencia franca que modificó totalmente las condiciones originales. Esta transformación ha quedado registrada en las fuentes como ser la toponimia, la arqueología y todas las fuentes escritas, aunque en estas últimas con evidentes influencias francas. El autor recomienda asimismo una objetividad extremada en el estudio de los temas de historia social, incluso en el empleo de determinados términos como *orden*, *clase* o *casta*, pues todos ellos fueron el resultado de una situación histórica particular y están cargados de ideología. Por consiguiente, lo más honesto es emplear la terminología utilizada por las fuentes y averiguar el significado que tuvo en cada momento.

En el mundo germano más allá del Rin y del Danubio las investigaciones arqueológicas de J. Jankuhn han constatado la presencia de

importantes grupos de personas no libres, una capa precoz de “*caudillos de aldea*” y otra posterior de “*Príncipes*” y “*nobles*”, quienes aparentemente no ejercían su autoridad desde fortalezas. En cambio no se han hallado testimonios que atestiguarían la existencia de una capa de hombres libres. Sólo en el período carolingio se difundió en forma generalizada el sistema dominical con tierras señoriales reservadas y mansos campesinos que constituyó la base para la formación de una capa señorial caballeresca, con derechos exclusivos sobre la tierra y los hombres, que vivía del producto del trabajo de los campesinos, artesanos y comerciantes dependientes. Durante el período merovingio y lo mismo bajo los primeros carolingios desapareció gran parte de la antigua nobleza germana que fue exterminada por los reyes que se sentían amenazados por ella y que buscaron la formación de una nueva capa dirigente que les fuese sumisa. Los merovingios comenzaron por atraer a los cargos administrativos a la nobleza galorromana y ésta fue sucedida en los siglos VI y VII por elementos galofrancos en las altas jerarquías eclesiásticas y monásticas en estrecha alianza con el monacato irlandés. Señala Bosl que en la historia de Europa los cuadros de la aristocracia se modificaron aproximadamente cada 100 a 200 años; así por ejemplo, a mediados del siglo VIII surgió un nuevo grupo aristocrático al servicio permanente de la corte. Como consecuencia de una nueva ética religioso-cultural, hubo una iglesia real con ética e ideales culturales cristianos. Al comienzo del período carolingio hubo diferentes grupos pertenecientes a la nobleza, los grupos de caballeros de origen reciente que obtenían beneficios a cambio del servicio de armas, un grupo salido de las originales tierras carolingias entre el Maas y el Mosela que se convirtieron en administradores ejecutores de la voluntad del rey en las tierras orientales del reino y los miembros de la antigua nobleza que había pertenecido a cada una de las regiones incorporadas por los carolingios. Estos grupos se entrelazaron en matrimonio y el rey los sometió a su autoridad por medio de los vínculos de vasallaje y beneficio en que se mezclaron formas romanas de encomendación y patrocinio, conceptos germanos y cristianos de fidelidad, el concepto cristiano de misericordia divina y servicio y el concepto celta de servicio. La vinculación del rey con esta capa alta de la sociedad fue muy estrecha y surgió un abismo entre ellos y la capa baja que efectuaba los trabajos físicos y corporales. Esta legislación merovingia distinguía entre *liberi* y *servi*, aunque ya existía el grupo de los semilibres. Los *liberi* habrían sido miembros del séquito real, no propietarios, sino poseedores, que tenían la posibilidad de ascender socialmente gracias a su propia capacidad, pero en caso contrario capaces de perderse en la semilibertad. Estos *liberi* ocuparon en la sociedad la posición que anteriormente había correspondido a los ciudadanos romanos y debajo de ellos existía una capa numerosa de *servi*. Los *liberi* podían acogerse a la protección de un señor y desde sus filas pudieron elevarse más tarde los ministeriales. En el caso de la servidumbre hay que distinguir entre la falta de libertad y la adscripción a la tierra. Junto a los no libres surgió la no libertad libre y aún noble como consecuencia del sometimiento de pueblos enteros. En Francia ya antes de las invasiones ya no quedaban campesinos libres, pues éstos habían caído en la situación de colonos clientes de los poderosos. En el período merovingio y carolingio tanto

entre los *servi* como los *liberi* hubo los que fueron *casati* atados a la tierra, denominados en las fuentes *casati, manentes, mansionarii, hubarii, coloni* o *liti*, y aquellos vinculados directamente con la casa del señor que se designan con los términos *in domono manentes, deservientes, die servi quotidiani* o *in perpetuo iuris*, los *prebendarii* y *stipendarii*. Estos últimos fueron más numerosos en Alemania que en Francia; trabajaban en la casa señorial, el monasterio, la residencia episcopal o real, y algunos residían en las antiguas *civitates* empleados como artesanos o en los transportes. De este grupo evolucionó por un lado la futura burguesía urbana y por otro en una esfera distinta y en premio por servicios especiales la ministerialidad alemana, desde la cual se les abría el camino al ascenso social. Los residentes de las ciudades tenían libertad de movimiento, mientras que no ocurría lo mismo con los que habitaban en el campo. La sociedad arcaica se estructuró, pues, de la siguiente manera: en la cúspide se encontraba la nobleza, a cuya cabeza hallamos al rey y el alto clero. La monarquía se ha convertido en hereditaria y el soberano ejerce su autoridad gracias a sus recursos y fuerza superiores. Hubo una nobleza de nacimiento que disponía de tierras heredadas y una nobleza de séquito y servicio que obtenía del rey beneficios vitalicios. La legislación compilada sobre la base del antiguo derecho real merovingio perseguía la defensa y protección de la población trabajadora y del clero; y limitaba el poder de la nobleza que el rey buscaba vincular consigo por medio de vínculos de vasallaje para tenerla sometida. Junto al rey se desempeñaban los ministeriales, atestiguados en fuentes romanas, merovingias y carolingias, que comenzaron por ser bajo los francos los verdaderos sirvientes en las residencias reales y nobles, pero el término se amplió hasta significar finalmente funcionarios que ya durante Carlomagno habían adquirido una posición importante en la corte. En compensación por sus servicios se entregaron beneficios a estos servidores no libres y ellos se convirtieron a menudo en depositarios de la máxima confianza del soberano, debido a la inmediatez de la relación entre ambos, y llegaron a constituir el consejo y el ministerio de los reyes. La iglesia y el clero recibían una protección especial; obtenían vastas donaciones territoriales; sus cargos más altos estuvieron habitualmente ocupados por miembros de la nobleza y los obispos y abades fueron designados por los reyes o por señores temporales de cada región. Por disposición de Ludovico Pío, quienes ingresaban a la iglesia obtenían la libertad, como asimismo dejaron de estar atados a tribunales laicos. Las características y contrastes de la sociedad estaban espiritualizados, y por ende desprovistos de toda carga explosiva. No existía una teoría política ni social y era aceptado el abismo que separaba a los poderosos de los pobres como un hecho determinado por Dios, de allí que no se hayan producido rebeliones importantes.

Para el período 900-1350, el capítulo dedicado al trabajo rural fue elaborado por W. Abel. Señala primeramente la paralización en la curva demográfica ascendente después de Carlomagno, que llegó a su punto más bajo desde el momento de las migraciones. Tanto más sorprendente resulta el gran aumento poblacional del siglo XI, que en algunas regiones como Sajonia llegó a decuplicarse en el período 1100-1300. En consecuencia se inició el período de las grandes roturaciones, en las cuales el

señor prestó atención a que no se le evadieran los tributos de los campesinos. Estos tributos generalmente se calculaban sobre la base del diezmo de origen eclesiástico y a éste se agregaba el tributo, ya sea por separado o en forma conjunta. En cambio el señor otorgaba el permiso de cultivo y determinadas libertades, pero evidentemente el campesino debía afrontar todo el peso económico de las roturaciones. En el ámbito del Mar del Norte se construyeron diques para asegurar las tierras expuestas a las mareas; tierra adentro se desecaron pantanos, trabajo en que se especializaron los cistercienses. En las tierras secas hubo que proceder a la tala de bosques o a la preparación para el cultivo de tierras no boscosas. Para realizar estos trabajos se reunían los pobladores de las aldeas en grupos que luego parcelaban y repartían entre sí las tierras ganadas. Lo más frecuente fue la expansión alrededor de tierras ya cultivadas y las nuevas instalaciones pueden seguirse en la toponimia. Los nuevos asentamientos generalmente fueron planificados de acuerdo con los intereses de los terratenientes y en la región occidental también se llevaron a cabo algunas instalaciones con ayuda de *locatores*, tal como ocurría con frecuencia en la región oriental. En esta última zona la colonización se operó a través de un lento avanzar de las fronteras hacia el este y desde 1231 intervino en ella la orden de los caballeros teutónicos, y aquí el avance continuó aún después que se hubieran detenido en el siglo XIV los aportes de población procedentes del oeste. El resultado de las roturaciones y de las fundaciones de aldeas fue que alrededor del año 1300 Alemania tuvo una densidad de aldeas que no había tenido nunca antes y que no tendría nunca más, pues hay que estimar que un 26 % de los establecimientos volvió a desaparecer antes del fin de la Edad Media y que el número de localidades registradas en 1933 es inferior en una quinta parte a aquel de la primera mitad del siglo XIV. En general las aldeas medievales fueron reducidas y entre ellas se encuentran todas las plantas conocidas. Desde el punto de vista de la intensificación de los cultivos, hay que tener en cuenta la difusión de la rotación trienal de los campos y la difusión mayor de la espelta que, si bien era menos resistente que el centeno, era menos delicada que el trigo. A partir de las regiones occidentales, comenzó a sembrarse más trigo, a lo cual se añadió el cultivo de la avena como cultivo de verano o de las regiones montañosas, como asimismo tuvieron mayor difusión las chauchas, arvejas, lentejas, lino y cáñamo mencionados ya en fuentes del período anterior. En las regiones de buenos pastos se intensificó la cría de ganado, primeramente en tierras pantanosas y más tarde en las de montaña. En el marco de la expansión señalada no se operaron adelantos técnicos de importancia, pero los que se habían hecho durante el período anterior tuvieron aplicación y difusión rápidas, como ocurrió con el molino de agua y la utilización más abundante de abonos. En este período es notorio el surgimiento de numerosas pequeñas propiedades, acompañado de la disolución de muchos grandes dominios. Junto a los poderosos de antes surgieron fuerzas intermedias que aspiraban a su vez al ejercicio del poder. Las familias nobles que desaparecían eran reemplazadas por otras nuevas. El lugar que antes habían ocupado los benedictinos pasó a ser desempeñado por los cistercienses. Hubo división de propiedades por derecho sucesorio y el resultado general fue la multiplicación de los

señores. El hecho de que el campo haya dejado de producir para el autoabastecimiento constituyó una transformación trascendental. Como consecuencia del crecimiento urbano, las ciudades comenzaron a necesitar en medida cada vez mayor del campo para su abastecimiento. En las relaciones entre el dueño de la tierra y los campesinos también se operaron cambios que abrieron paso a una relajación de las obligaciones de los campesinos y en muchas instancias se celebraron contratos de arrendamiento, los campesinos tuvieron la posibilidad de comprar tierras y a menudo se mezclaron el arrendamiento por dinero y por productos. Junto a esto se mantuvo el régimen de prestaciones que los campesinos debían cumplir en las tierras señoriales, pero con frecuencia estas prestaciones pudieron convertirse en tributos ya sea en especie o en dinero, y el resultado de todo ello fue la disminución de la antigua falta de libertad de los campesinos, cuyas huellas subsistieron en los tributos y servicios referidos. El campesino empezó a tomar conciencia de sí como un estado particular junto a la nobleza, el clero y la burguesía. Desde el punto de vista de la explotación de la tierra, se indica la existencia de pequeñas propiedades junto a las extensas y que las parcelas de uno y otro dueño a menudo estaban mezcladas según como se hubiera efectuado la incorporación de la tierra al cultivo. Las regiones más intensamente cultivadas fueron aquellas donde se había producido el principal desarrollo urbano, como por ejemplo junto al Rin, el Mosela, el Neckar y en Alsacia. Finalmente señala la dificultad con que chocan los historiadores cuando tratan de penetrar el vocabulario que se refiere a los tributos, censos y prestaciones que debían los campesinos, y llega a la conclusión de que, una vez efectuados los aportes obligatorios, restaría poca cosa para el disfrute de los campesinos y que las cargas que se les impusieron paulatinamente bastaron para que cualquier revés sacara a la economía rural de su equilibrio precario, tal como ocurrió en el período que siguió: no se puede hablar de una superpoblación rural, sino de excesivas cargas que debió soportar el trabajador rural.

R. Sprandel trata en el capítulo siguiente el tema de la industria y el comercio en el período 900-1350 y comienza por afirmar que se puede hablar de una continuación de las características del período anterior sin que ahora se cuente con un material de fuentes que pueda compararse con las capitulares del momento carolingio en lo referente a la esfera temporal, pero que existen numerosas noticias relativas al artesanado en fuentes eclesiásticas que por ejemplo atestiguan que ahora no sólo las iglesias sino también el piso inferior de las residencias de los señores eclesiásticos se construían de piedra. En el comercio se notan cambios más importantes que en las industrias debido al comienzo de la explotación de la plata en las minas de Rammelsberg en la región del Harz. Esta explotación se realizaba bajo vigilancia real y en beneficio del rey que hacía acuñar moneda en talleres reales, los principales en Colonia y Goslar, antes de que la plata entrase en circulación. Junto a estos talleres existían otros que pertenecían a señores eclesiásticos y laicos. Los principales hallazgos monetarios del período de los Otones y de los primeros salios se encontraron más allá de las fronteras del imperio, donde suplantaron a las monedas árabes usuales hasta ese momento, cosa que sugiere una modificación de las rutas comerciales que hasta ese momento

unían el norte de Europa a través de Rusia con Bizancio y el mundo musulmán, mientras ahora el comercio del norte parece haberse dirigido hacia Europa central, sin que se tengan noticias ciertas acerca de las mercaderías que se intercambiaban. Aparecen ahora en el ámbito alemán numerosos nuevos mercados donde el derecho de mercado solía ser paralelo a un derecho de amonedar. Estos fueron principalmente mercados de importación y los reyes solían concederles una paz de mercado. En este momento los judíos comenzaron a tener una importancia mayor en el intercambio comercial y fue ahora cuando estuvieron más integrados al mundo occidental. Hubo asimismo mercaderes frisonos y nórdicos, a menudo agrupados en asociaciones. En los lugares de mercado solía haber una iglesia de los mercaderes. Junto a los extranjeros se desarrolló una clase de mercaderes locales que con frecuencia adoptaron una actitud negativa frente a aquéllos. En los centros referidos se desarrolló el *ius mercatorum*. Las principales mercaderías fueron probablemente los artículos de lujo y sólo paulatinamente los campesinos se convirtieron en compradores. Desde Alemania se exportaban paños a Inglaterra, lino y espadas a Italia, y Alemania fue intermediaria en el comercio de la pimienta y de los esclavos. La transformación de los establecimientos de mercaderes en ciudades se operó durante el siglo XII, cuando los derechos mercantiles se convirtieron en derechos urbanos y por consiguiente abarcaron a un número mayor de actividades. Este derecho con las libertades que otorgaba se convirtió en un poderoso atractivo que contribuyó al desarrollo de las ciudades. La edificación en ellas imitó durante mucho tiempo a las casas campesinas y es probable que sólo aquellas casas que contenían hornos como las de los herreros y panaderos se construían con piedra. Durante este período se inició la reparación de muchos caminos que eran recorridos por mercaderes y peregrinos. Asimismo se construyeron puentes y se comenzó a adoquinar muchas calles, para lo cual se recolectaban contribuciones especiales. Paulatinamente los mercaderes alemanes adquirieron una importancia mayor con relación a los extranjeros, especialmente cuando empeoraron las relaciones con los judíos después del comienzo de las cruzadas. El surgimiento de la ciudad de Lübeck tuvo importancia decisiva para los mercaderes alemanes en el ámbito escandinavo y para la comercialización de paños flamencos en el Báltico. De allí se importaban pieles y cera y este comercio se vio beneficiado por las superiores condiciones náuticas de las cocas. Se encontraron mercaderes alemanes en Italia y en las ferias de Champaña y no debe olvidarse la exportación de vino alemán a Inglaterra. Toda esta actividad se vio fomentada por las grandes posibilidades de consumo de las ciudades y por la incorporación a la explotación de nuevas minas de plata en la región alpina. En este segundo período los hallazgos de monedas ocurren también en el interior de Alemania, cosa que atestigua una mayor circulación comercial interior. Las industrias urbanas que se desarrollan en este período fueron la textil con utilización de nuevas tinturas, la herrería con el agregado de la fabricación de estaño, bronce y peltre, armaduras y armas, la fabricación de ballestas y aparecen los primeros gremios de tejedores, vendedores de pescado, zapateros, etc. En el seno de estos gremios había miembros privilegiados que tenían que ver con el comercio y la acuñación de moneda y que mantenían en situación de inferioridad en lo referente a la organización gremial y a la distribución de las ganan-

cias a los restantes miembros. Junto a los gremios los gobiernos de las ciudades emitieron ordenanzas relativas a precios, sueldos y oficios, cuyo móvil a menudo fue la imposición de la autoridad y el mantenimiento del orden. El capítulo concluye con un análisis de las industrias rurales y de la minería influenciadas por el desarrollo urbano y afirma que el retroceso de los dominios paralelo al desarrollo de aldeas, tuvo por consecuencia el resurgimiento de industrias de aldea como ser la panificación que junto con el molino debían abonar tributos al señor, la herrería, carnicería y carpintería. La demanda de metales para abastecer a las industrias urbanas provocó el desarrollo de centros mineros en Carintia y Estiria. En las inmediaciones de Goslar el Rammelsberg producía cobre además de plata, pero este centro dejó de ser tan productivo como antes, pues al profundizarse las minas se tropezó con agua. Se inició la importación de cobre desde Suecia. El plomo se extraía en Silesia y Carintia, el peltre en Bohemia y el zinc en la región del Maas. Este último se empleaba como tintura azul para los paños, aunque ocupaba el segundo rango después del lapislázuli que provenía de oriente. También la explotación de las salinas adquirió un desarrollo importante. Su principal centro se encontraba en Lüneburgo. Desde el punto de vista de la organización, los reyes se reservaron los derechos de explotación de los metales preciosos. Las restantes explotaciones deben verse a la luz del movimiento colonizador y recibieron una legislación de privilegio, pero existía una gradación de las personas ocupadas en el trabajo de las minas. Desde el punto de vista de las comunicaciones, se subraya la disminución de la importancia de la antigua ruta de norte a sur que atravesaba Francia oriental, en beneficio de las comunicaciones marítimas directas y la creciente importancia de los caminos que conducían desde Alemania a Italia y que atravesaban los Alpes orientales y la creciente importancia del comercio de Bohemia y Hungría como consecuencia del gran impulso dado allí a la explotación de la plata que las convirtió en importantes compradoras de otros productos. Debido a todo lo apuntado aumentó la importancia de las ferias que se celebraban en las ciudades alemanas. Las técnicas comerciales de los mercaderes alemanes estaban menos evolucionadas que las de sus colegas italianos, pero no obstante se registraron adelantos en la contabilidad. En el ámbito alemán se celebraron alianzas entre las ciudades de ciertas regiones que tenían por fin la exclusión de los extranjeros del comercio local y de ofrecer ventajas a los mercaderes propios en el comercio exterior. El ejemplo más destacado fue la Hansa, aunque también surgieron alianzas semejantes en otras regiones. Como consecuencia de la evolución señalada, en las ciudades y en todas las esferas de la población urbana se tomó conciencia del valor del dinero y las posibilidades que ofrecía para efectuar inversiones y obtener créditos. Desde el punto de vista social ya comenzaron a notarse ciertas fricciones, se subrayó la situación de inferioridad de los trabajadores manuales y la posición de primer rango que ocupaban los grandes mercaderes en las ciudades.

La evolución social de 900 a 1350 es analizada a continuación por K. Bosl quien comienza por señalar que la movilidad social no tuvo en Alemania las mismas dimensiones que en Francia durante el siglo X. En el período estudiado aumentó la importancia de la nobleza y del em-

perador que consolidó su posición en Italia gracias a la relativa tranquilidad que reinó en Alemania en este lapso que en Francia fue tan turbulento. Esta evolución continuó durante la primera mitad del siglo XI. Simultáneamente el derecho sucesorio provocó la división de muchos dominios señoriales. Surgieron familias que pertenecían a la pequeña nobleza y paralelamente la escasez de espacio debida al aumento demográfico dio lugar a diversas iniciativas de colonización y a migraciones de población rural a las ciudades, cuya consecuencia fue una importante movilidad horizontal de la sociedad. El trabajo rural debió soportar en este período todo el peso económico de la sociedad que en último análisis vivía de él. Las jerarquías fueron mucho más rígidas en Alemania que en Francia. Recién a mediados del siglo XI se aflojaron los vínculos que mantenían unida a la nobleza con el soberano y las dependencias se volvieron más elásticas en todas las esferas. Esto facilitó la movilidad horizontal y vertical y permitió el acceso a las diversas formas de libertad, noble, burguesa y del movimiento colonizador. En el seno de la *familia* que fue una expresión tardía de las relaciones romanas de clientela y colonato y del concepto de servicio de la sociedad celto-germánica, existieron muchas posibilidades para el ascenso social según el desempeño del dependiente o la posición del señor y permitió el desarrollo de sentimientos comunitarios e incluso de un cierto patriotismo. En la transición del siglo X al XI se sintió la necesidad de legislar acerca de las vinculaciones de dependencia y a partir de ese momento los miembros de la *familia* fueron los *pauperes*, los *liberiores pauperes*, *armen liute*, etc. Durante los siglos XIII-XIV los nobles no libres —ministeriales y los no libres libres— burguesías urbanas y miembros del movimiento colonizador, habían quedado excluidos de la *familia*. Existen fuentes del siglo XII que atestiguan en el seno de una misma *familia* a tres grupos: 1) la *familia ministerialis* dedicada a la actividad militar cuya actitud es aristocráticoguerrera hasta el punto de poder confundírsela con la nobleza de sangre; 2) la *familia censualis* integrada por el grupo de los que pagaban censos al señor [a cambio de poder realizar libremente sus tareas que podían ser rurales, artesanales o comerciales] y que estaban conformes con su situación jurídica, y 3) la *familia servilis et censualis* cuya condición era verdaderamente servil y cuyos miembros trabajaban la tierra y pagaban censos al señor. El ascenso social que se notó durante este período en todas las esferas tuvo su origen en la intensificación general de la economía que provocó un aumento del standard de vida de las clases superiores, cuyas exigencias crecientes sólo podían verse satisfechas si las capas inferiores eran incentivadas a producir más gracias a que obtenían una mayor libertad y participación en el producto social. A esto contribuyó también la creciente economía monetaria que permitió la sustitución de prestaciones y servicios personales por el pago de censos. Se reconoció ahora el valor del trabajo, surgió una nueva ética de trabajo que otorgaba al trabajo una sublimación religiosa. Los grupos dirigentes notaron cada vez más su dependencia de las clases trabajadoras. El noble, el señor dejó de ser la autoridad impuesta por Dios y la sociedad noble en muchos casos se sometió al ideal religioso de pobreza y trabajo y permitió por otro lado el ingreso de los ministeriales salidos de la no libertad noble a los círculos de la sociedad cortesana, en la cual surgió asimismo un nuevo ideal femenino. El ideal caballeresco tuvo

validez tanto para la nobleza libre como la de servicio y fue expresión de la alegría de vivir laica, sin que por ello se rechazaran las formas de vida ascética y religiosa. Esta multiplicidad de las formas de vivir y de pensar significaron un enriquecimiento cultural, pero hay que recordar que la evolución no fue homogénea ni simultánea en todo el ámbito alemán. Uno de los hechos sobresalientes fue la importancia adquirida por los hombres que estaban al servicio del rey que las fuentes llaman *sirvientes*. Mientras los emperadores salios se apoyaron en la nobleza menor para contrarrestar los avances de la alta nobleza, empresa en la que no tuvieron mucho éxito, comenzaron a recurrir en medida creciente a los miembros de su *familia*, a los *servientes* que ocupaban los cargos de mayor responsabilidad en la misma para la persecución de fines de Estado. Estos *servientes*, salidos así de su estrechez jurídica, obtuvieron beneficios de servicio que oscilaban entre verdaderos feudos y heredades serviles y se convirtieron en el organismo de la autoridad real que decidía sobre cuestiones sociales, jurídicas y económicas y desplazaron de sus funciones a los vasallos que desempeñaban sus cargos sin demasiada eficacia ni fidelidad. También los Hohenstaufen se sirvieron de los ministeriales, a menudo de los de la iglesia imperial, para que prestaran servicios al Imperio en Italia. El servicio del rey como asimismo el de la iglesia imperial confería nobleza tal como ocurría con el servicio de espada. Así por ejemplo el poeta Reinmar von Zeter, de la escuela poética del ministerial Walter von der Vogelweide, se burla de las diferencias sociales y de cuna que han quedado borradas en el ideal caballeresco. Esta crítica de una situación pone en evidencia que junto al nacimiento noble han adquirido valor la nobleza de alma, el actuar ético y las hazañas creativas. Bajo Federico II se produjo la admisión de los ministeriales en el seno de la sociedad cortesana y pasó a ser legítimo el matrimonio entre un hombre de servicio y una dama noble, sin que a pesar de todo lo dicho se borrara el hecho del origen no libre aún de las familias ministeriales más encumbradas. Las formas y costumbres continuaban vivas aunque la realidad social ya no las admitiera. En Alemania los procesos sociales fueron más estáticos y conservadores que en Francia. Prueba de ello es el hecho de que allí hubo ministerialidad, en Francia no, que en Alemania el feudalismo tuvo un desarrollo débil, mientras en Francia, a pesar de todas las tendencias disolventes del siglo X, fue el lazo más firme de la sociedad. La evolución de las burguesías urbanas en las ciudades hizo desaparecer el antiguo dualismo rígido de la sociedad feudal y se introdujo a modo de cuña entre la conducción noble y la sociedad campesina. La evolución de las burguesías también tuvo como punto de partida a la *familia*, pues los habitantes de las ciudades formaban parte de la *familia* del señor de la ciudad, del soberano o del obispo a quien perteneciera la ciudad. Los habitantes de las ciudades comenzaron por ser *censuales* y sólo más tarde se convirtieron en ciudadanos libres. La posibilidad de realizar un trabajo en libertad, les ofreció el acceso a formar un cierto capital individual y surgió un espíritu económico y comercial que era totalmente ajeno al pensamiento feudal. En el grupo más encumbrado de las ciudades, el futuro patriado, se encontraban ministeriales acostumbrados a funciones administrativas y no mercaderes ni artesanos. Paso a paso se fueron aflojando los lazos con el señor y su *familia* y lo lograron aquellos que supieron combi-

nar y defender con dinamismo los intereses señoriales, los propios y los de la población burguesa. A fines del siglo XIII se observó en las ciudades alemanas el mismo fenómeno que en las italianas, o sea el choque entre los intereses de la nobleza y aquellos de los hombres de empresa y banqueros. En Italia emergió victorioso el hombre noble fuerte y surgió la *signoria*, mientras en Alemania la nobleza ministerial se vio desplazada de las ciudades o debió pactar alianzas con el grupo de los mercaderes de distancia y de los banqueros que habían alcanzado su mayoría de edad política. Estos a su vez se vieron enfrentados con los principales gremios y debieron pactar con ellos. La buena situación financiera de las ciudades posibilitó la compra al señor de determinados derechos como el de amonedar, de cobrar portazgos, de tener justicia propia, etc. Los reyes Hohenstaufen fueron los más generosos en su política para con las ciudades. En muchas ciudades alemanas los miembros de la aristocracia se hicieron construir torres como hacían en Italia, se desplazaban rodeados de una guardia armada, tuvieron sus escudos, etc. En este sentido fueron particularmente interesantes las ciudades de Nüremberg, Regensburg y Augsburgo. La administración de las ciudades se efectuaba a través del concejo en el cual estaban representados los ciudadanos frente al señor y su alcalde. El concejo resolvía la aceptación de nuevos ciudadanos y ejercía junto con el alcalde la legislación. Paulatinamente el concejo adquirió mayor independencia con relación al alcalde y finalmente la ciudad obtuvo su inmunidad del señor como manifestación de la emancipación de la burguesía salida de la no libertad libre. En las ciudades se produjeron movimientos de masas que se manifestaron en las persecuciones de judíos, los movimientos pauperísticos, las de cátaros y valdenses, y sólo gracias a la acción en el marco de la Iglesia de la prédica franciscana y demás órdenes mendicantes, pudo sobrevivir la Iglesia que se vio forzada a adoptar nuevas formas para el cuidado de almas, como la acción en el seno de la sociedad laica de los monjes augustinos y en el ámbito monástico la de los cistercienses y de la orden de Hirsau que aplicaban el nuevo ideal de trabajo en la esfera eclesiástica. El hecho de que Inocencio III haya reconocido la lógica de este proceso social en el cual a menudo fueron los ricos quienes efectuaron la prédica pauperística y que se haya aliado con ella, salvó a la Iglesia y a la sociedad feudal y demuestra su comprensión de la dinámica social. En el seno de las ciudades los conflictos sociales se desarrollaron en el plano del enfrentamiento entre el patriciado que las administraba desde el principio y el poder económico de los mercaderes de distancia y banqueros. Este conflicto se resolvió a favor de los últimos, mientras los obreros y oficios apoyaban alternativamente a uno u otro de estos poderes. Paulatinamente se fue anunciando hacia 1350 la presencia de un proletariado urbano integrado por jornaleros, obreros, transportistas, etc., que apenas contaban con medios de subsistencia suficientes y que, libres de las ataduras con la *familia*, seguían no obstante dependiendo de un patrón para cobrar sus sueldos. En la esfera rural también se constata durante este período una mayor movilidad y una elevación del standard de vida, aunque no en la misma medida que entre los hombres de servicio y la burguesía. Si bien no desaparecieron las ataduras a la tierra debido a las prestaciones que ésta debía, no obstante se operó un alivio importante en los servicios que debían cumplirse en la

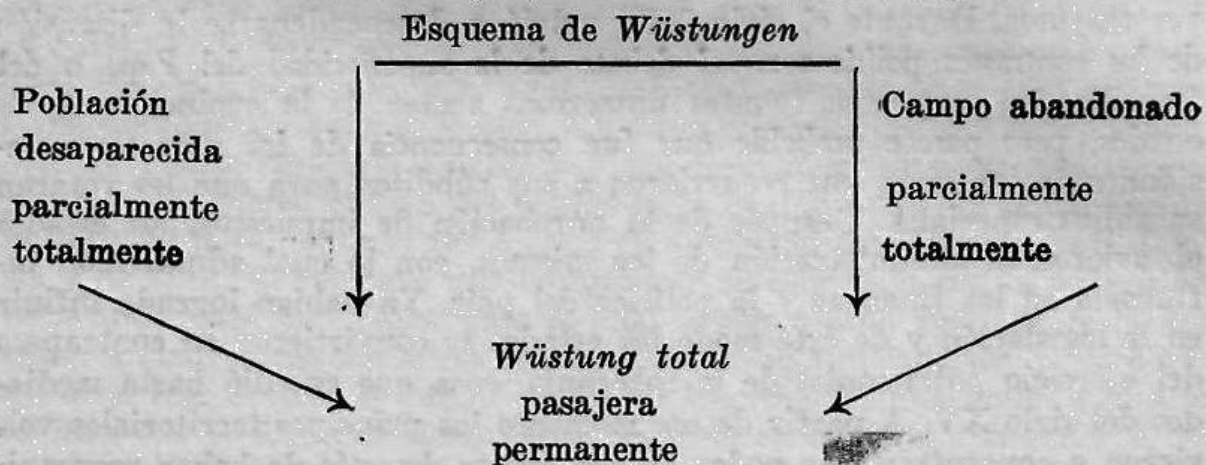
reserva del señor que incluso pudieron llegar a desaparecer. Los campesinos siguieron siendo los "*armen liute*", pero ahora pudieron sustituir muchas de sus prestaciones personales por el pago de dinero y hubo mucha movilidad horizontal que se manifestó en las empresas colonizadoras. En todo este panorama influyó poderosamente la circulación monetaria. El campesino de condición servil pudo comprar su libertad al señor, pudo dirigirse a las ciudades donde adquiriría la libertad al cabo de cierto plazo, o pudo buscarla a través de las roturaciones. Durante los siglos X y XI fueron disolviéndose muchos dominios que se autoabastecían y adquirieron creciente importancia los campos independientes, en los cuales los campesinos continuaban atados a la condición servil, pero donde paulatinamente pudieron emanciparse de la *familia*. Por intermedio de las órdenes de predicadores y su condena de la riqueza, la ciudad y el campo entraron en contacto y el movimiento valdense fue apoyado tanto por el campesinado como por las poblaciones urbanas. Los cistercienses nuevamente hicieron obligatorio el trabajo del campo para todos sus monjes. Cristo dejó de llevar la corona de soberano y en cambio apareció con la de espinas que le daba una dimensión mucho más humana. En el campesinado el cambio de mentalidad se manifestó en una consolidación de la legislación que garantizaba sus derechos y las cargas excesivas a menudo fueron rechazadas en forma violenta. Puesto que el cambio de manos de las tierras señoriales fue frecuente, los servicios personales perdieron importancia y se transformaron en pagos de dinero, aunque se observó el aumento de determinados servicios que los campesinos debieron prestar a la casa del señor, como por ejemplo en las construcciones, transportes, mensajería, caza, cocina y bodega. La cumbre de la pirámide social en este momento puede definirse cada vez más como una aristocracia con cabeza monárquica. El rey depende del consejo y de la ayuda de la nobleza integrada a principios del siglo XII por los príncipes dinásticos, pero que hacia fines del mismo siglo se había reunido en forma corporativa y había constituido el grupo de los príncipes imperiales laicos y eclesiásticos. La reforma gregoriana despojó al soberano de su dignidad sacro-mítico-religiosa, fomentó la emancipación de la nobleza frente al soberano y obligó a la monarquía a buscar el apoyo de las clases burguesas y campesinas en vías de ascenso. El Papado pretendió sólo para sí la legitimidad sacra y en cambio impuso el concepto de la idoneidad para el emperador, cuya consecuencia fue la implantación del principio electivo en el cual el Papa hacía las veces de árbitro. Debido a todo esto el emperador quedó aislado, pero en última instancia soberanía y religiosidad comenzaron a separarse y surgió una nueva imagen del mundo en la cual el reino era la cumbre de la sociedad laica donde el rey ejercía su autoridad sin el rodeo de la Iglesia y de Dios. El rey tuvo que reorganizar su soberanía con la aplicación de métodos más racionales, para lo cual se sirvió cada vez más de la ministerialidad, cuyos miembros se convirtieron en funcionarios de la organización real central, e intentó estrechar los vínculos que unían a la alta nobleza con el soberano como había ocurrido en Francia e Inglaterra. El resultado de estos intentos fue una mayor rigidez jurídico-social de los distintos grupos y en Alemania quedó incompleta la institucionalización del derecho feudal y real. No quedó establecido el grado mayor o menor de obligaciones ligias, y el panorama se complicó aún más cuando en el

siglo XIII los beneficios de servicio se equipararon con los feudales y en consecuencia la ministerialidad dejó de ser para el rey el instrumento eficaz que había sido hasta entonces. Surgió entonces una clase de funcionarios asalariados salidos de la burguesía culta, los bailli, alcaldes, prefectos, jueces, castellanos, etc., que se elevaron a los altos puestos de conducción de donde desplazaron al clero con educación universitaria. A partir del Interregno la posición del emperador alemán fue tan débil que sólo pudo imponerse cuando la corona se encontraba en manos de un príncipe territorial fuerte. Los príncipes territoriales no evolucionaron a partir de la antigua nobleza dinástica del período anterior, muchas de cuyas familias se habían extinguido y habían sido sustituidas por nuevos linajes, como por ejemplo el de los Habsburgo, que adquirieron cada vez una importancia mayor en el sudeste del imperio. Otro concepto que se impuso durante este período fue el de paz y justicia para todos y se comenzó a legislar para ese fin. En la tarea legislativa participaban los grandes del reino junto al rey. Lo mismo ocurrió con la implantación de la paz territorial, que fue el punto de partida de la justicia criminal. En la esfera de la ejecución de la justicia la “*Vogtei*” [alcaldía] adquirió una importancia cada vez mayor. Las asambleas que se celebraban durante la baja Edad Media adquirieron cada vez más carácter de reuniones libres, cuyos participantes aprobaban el pago de impuestos de emergencia que se abonaban una sola vez. Dichas asambleas fueron antecedentes de una verdadera representatividad. Más tarde la creciente importancia de los príncipes territoriales y de los príncipes electores volvió a modificar el panorama y la *Vogtei* se convirtió en el instrumento fundamental para asegurar la tranquilidad en el nivel inferior de la sociedad. La sanción de la bula de 1356 tuvo el efecto de disolver la función central del soberano que se convirtió en un *primum inter pares* que sólo lograba imponerse si él mismo era poderoso. A partir de mediados del siglo XIII se fue deteniendo el movimiento expansivo y móvil de la sociedad como consecuencia de la aparición cada vez más frecuente de corporaciones en el seno de un determinado estado que pretendían ser representativas ante la autoridad central y buscaban la participación en el proceso político. En la esfera del Estado la centralización e institucionalización fueron cada vez mayores. Durante el siglo XIV volvió a desencadenarse la discusión de los contrastes políticos en el debate de la superioridad del Papa o del Concilio. No se poseen fuentes numerosas acerca de la evolución de los estados, pero parece probable que fue consecuencia de las urgentes necesidades de los reyes que recurrieron a sus súbditos para que les votaran subsidios especiales. Después de la aprobación de impuestos, los estados obtuvieron la administración de los mismos, con lo cual adquirieron influencia en las finanzas y la política del país. Ya habían logrado influir en la legislación y de este modo los estados se convirtieron en contrapeso del ejercicio patrimonial de la soberanía, cosa que sucedió hasta mediados del siglo XV. A partir de ese momento los príncipes territoriales volvieron a concentrar más poder en sus manos después de haber reorganizado sus territorios. No hay que olvidar la influencia decisiva del pensamiento de Marsilio de Padua que residió en la corte de Ludovico el Bávvaro y destacó en su obra el carácter netamente laico de la sociedad, donde le

corresponde al Estado la obligación de velar por el bienestar de la sociedad laica.

El capítulo siguiente, redactado por H. Hassiger, está dedicado a las vinculaciones entre las fuerzas políticas y la economía en el período 500-1350. El autor señala que evitó cuidadosamente el término economía política por ser aplicable solamente al estado y la economía contemporáneos. Durante la Edad Media fueron el rey y más tarde los príncipes territoriales quienes intervinieron en la economía y lo hicieron con el objeto principal de mantener el orden y aumentar el poder político y económico de quien promovía las medidas. En Alemania el objeto de las medidas de este tipo fueron principalmente las ciudades, pero a continuación analiza el accionar de las fuerzas políticas en las diferentes esferas económicas: la rural, movimiento colonizador, fundaciones de ciudades y las ciudades. Luego observa la conexión entre regalías = derechos de soberanía y economía en la explotación del suelo, las comunicaciones, acuñación de moneda, aduanas y mercados. En la esfera de las finanzas señala la gran diferencia entre Bizancio donde se mantuvo el régimen compulsivo del Bajo Imperio y Europa occidental, cuyas finanzas se gobernaban sobre la base de los bienes territoriales del reino y del rey a lo cual se agregó un régimen tributario, incipiente al comienzo, y que fue aumentando a medida que crecía la circulación monetario y disminuyeron los ingresos reales provenientes de las regalías, mientras las ciudades medievales tuvieron un régimen financiero que les era propio y donde se desarrolló pronto un sistema de administración de impuestos cuya recolección se repartía entre todos los habitantes de la ciudad.

El trabajo rural en el período 1350-1500 es estudiado por W. Abel quien en primera instancia se refiere al problema de las poblaciones desaparecidas, pero señala que la definición de la palabra *Wüstung* = población desaparecida, es demasiado estrecha para el historiador que debe tener en cuenta que a la desaparición de una población está asociado el problema de las tierras que dejaban de cultivarse y cuyo producto constituía la base de los ingresos señoriales y es en este último sentido que las fuentes emplearon el término. A continuación ofrece el esquema de las *Wüstungen* elaborado por el geógrafo K. Scharlau de la siguiente manera:



En lo que se refiere a las *Wüstungen* totales y permanentes, durante mucho tiempo se creyó que eran debidas a las devastaciones causadas por la Guerra de los Treinta Años, pero las investigaciones más recientes

tes han demostrado que la mayoría de dichas localidades desapareció en el período de la baja Edad Media. Para arribar a sus conclusiones los investigadores aplican un cociente que indica la cantidad de lugares desaparecidos en relación con el total de lugares cuya existencia puede comprobarse durante la Edad Media y hasta nuestros días. Asimismo se clasifican las desapariciones según su motivo por guerras, incendios, terremotos, inundaciones, instalaciones en tierras que resultaron insuficientes para una explotación continuada, expansión de ciudades, abandono de explotaciones por parte de monasterios y por la dispersión de las propiedades. Para explicar estos abandonos se utilizó también la teoría de la intensificación de las explotaciones y la teoría de la crisis. La primera de estas teorías supuso que las parcelas en franjas fueron reunidas, con lo cual se logró la posibilidad de una explotación más intensiva gracias a la unificación de tierras dispersas. Esta explotación por parcelas extensas habría dejado abandonadas a las más alejadas, pero esta teoría no concuerda con la realidad histórica. En muchos lugares aparecieron tierras parcialmente abandonadas y la teoría de la intensificación tampoco pudo comprobarse allí. En la baja Edad Media el campesino individual cultivaba superficies más extensas que antes, pero debió enfrentar problemas de precios y de mercado. No obstante, la causa de las *Wüstungen* debe buscarse en el retroceso demográfico del período que se inició con las grandes hambrunas de los años 1309-1317 y se agravó con la peste. En consecuencia, la población disminuyó con seguridad en una tercera parte y quizá aún más. Por otra parte influyeron desplazamientos de población rural, principalmente hacia las ciudades, a pesar de lo cual también en las ciudades se notó un retroceso poblacional. Finalmente deben mencionarse las localidades y tierras abandonadas en las costas del Mar del Norte que desaparecieron no sólo debido a temporales que rompieron diques, de modo que las aguas se volcaron sobre las tierras explotadas sin poder luego retornar al mar, sino también porque en esa región el paso de la peste cobró muchas víctimas y, por ejemplo, al producirse la peor de las inundaciones en 1362, no existían las manos necesarias para devolver las tierras al cultivo. En cuanto a la situación de precios e ingresos en el período que estudiamos, ejerció influencia sobre ellos la importancia adquirida por la economía monetaria durante el período anterior. Resulta sorprendente que las devastaciones causadas por la peste no hayan provocado un descenso de los precios, tal como sería de esperar si se aplica la teoría de Malthus. A los estragos de la peste sucedieron carestías y hambrunas. Si se persigue a través de un período largo el precio de los cereales, se comprueba que éstos tuvieron una tendencia ascendente hasta alrededor de 1375. En ese momento una sucesión de buenas cosechas provocó la baja de los precios y éstos se mantuvieron en tendencia bajante hasta el cierre de la Edad Media para luego ascender bruscamente a partir de 1510. Esto puede explicarse en parte por el bajo valor metálico de la moneda; el campesino necesitaba recibir más dinero para cobrar el valor pleno de la misma. Paralelamente los precios de los productos elaborados aumentaron en forma desmedida en comparación con los de los productos rurales. Ello se debió a la escasez de mano de obra, a la que hubo que pagar sueldos que excedían en mucho a los de la época anterior a la peste. En lo referente a los años de carestía

historiadores franceses y belgas desarrollaron una teoría según la cual, si bien los años de cosechas malas provocaban un aumento en los precios de los cereales, estos precios no compensaban al campesino debido a la menor oferta. Los habitantes de las ciudades compraban menos productos manufacturados debido al elevado precio de los de primera necesidad, con lo cual se frenaba la producción industrial y se provocaba una desocupación y un descenso de los sueldos, de por sí insuficientes, debido a la carestía. Sólo con mejores cosechas volvía a mejorar la situación general. Este esquema lógico no corresponde exactamente a la realidad, pues los precios del cereal destinado a la panificación sufrían las oscilaciones más notables, mientras otros productos alimenticios menos importantes que el pan oscilaban menos, manteniéndose los precios de las industrias retraídos y los sueldos de los obreros incluso bajaban. A las carestías sucedían oscilaciones de los precios que, repartidas sobre muchos años, que manifestaban una tendencia en baja. Las pérdidas para los campesinos fueron tales que en muchos casos solicitaron la exención del pago de impuestos. El grupo más perjudicado por consiguiente no fue el de la población urbana sino los terratenientes y campesinos. Junto a las carestías aparecieron en este período crisis de comercialización, de mercados demasiado llenos. En conclusión, la crisis rural de la baja Edad Media, mejor llamada depresión rural, fue esencialmente una crisis de la producción cerealera. Una fuente afirma: "Curia et agri in toto vacabant et fuit pascua pecorum". Efectivamente, los campos en los cuales el cultivo había sido abandonado, se convirtieron en pastura de ganado, o sea que en general no se puede aceptar en Alemania la teoría, válida para Inglaterra, del ganado ovino que provocaba el abandono de los cultivos. En el ámbito alemán la ganadería llenó los huecos dejados por la falta de hombres y los malos precios de los cereales. Junto a un avance de los bosques y tierras simplemente abandonados, comenzó a notarse un aumento de la ganadería ovina y bovina. A este período corresponden las primeras noticias de una producción lechera importante para el abastecimiento de las ciudades, como asimismo noticias relativas al cultivo de huertas con el mismo fin. Esto se comprende si se tiene en cuenta el gran poder adquisitivo de la población urbana, donde se notó un notable aumento en el consumo de carne, pescado, fruta y vino. Las tierras destinadas a las huertas alrededor de las ciudades ganaron en extensión, mientras durante todo este proceso disminuía la superficie destinada al cultivo de cereales. Si se toman en cuenta todas estas manifestaciones, se observa que durante la baja Edad Media disminuyeron las rentas territoriales, mientras subieron los sueldos de los obreros y los precios de los productos industriales cuyas materias primas también se mantuvieron caras, y en cambio descendían los precios de los productos rurales. En el análisis del reparto del peso económico en la sociedad, el abandono de muchas tierras disminuyó los ingresos de muchos príncipes, caballeros y monasterios, quienes a su vez se vieron obligados a otorgar ciertas concesiones para lograr la reincorporación de determinadas tierras al cultivo. Incluso las tierras que se explotaban en muchos casos dejaron de efectuar sus pagos debido a las circunstancias adversas y se llegó a acuerdos amistosos entre señores y campesinos acerca de los pagos que éstos efectuarían. Junto a este tipo de medida aparecían otras que trataban de evitar por

medios compulsivos el abandono de las tierras, como ser el pago de multas si ello ocurría o la obligación de dejar un reemplazante, la redacción de una carta de despedida sin la cual nadie podía recibir en sus tierras a un campesino procedente de otro lugar. El lujo que desplegaron en este momento las clases altas a menudo se medía en aldeas, etc., cosa que pone en evidencia el abismo que las separaba de los campesinos. Los cronistas están de acuerdo en que la situación de los campesinos fue lamentable durante este período. Algunos que explotaban tierras muy extensas aún podían equilibrar sus presupuestos, aunque en su caso la relación desfavorable de precios y costos era más sensible. Los campesinos medianos, si bien también dependían como los anteriores en cierta medida de trabajadores a sueldo, estos sueldos no incidían tanto en sus costos. Estos vendían el excedente de la producción, pero sus necesidades esenciales se cubrían con la producción de la tierra propia, pero al mismo tiempo estaban obligados a efectuar ciertas ventas para hacer frente a los tributos. Si éstos llegaban a consumir un cuarto, un tercio o aún más de lo producido, a duras penas lograban el equilibrio. Los campesinos pequeños habían llegado a ser muy numerosos al concluir el período de colonización. Como cultivaban extensiones reducidas, el excedente de su capacidad de trabajo llegó a ser muy solicitado. Además se les ofrecía la posibilidad de comprar tierras baratas. A pesar de las condiciones adversas señaladas, asistimos pues a una gran movilidad entre los campesinos bajomedioevales. El trabajo rural estaba subvalorizado, mientras paralelamente en las ciudades se producía una evolución con la cual a duras penas los señores podían mantenerse a la par. El obrero urbano, además de recibir su alimento, cobraba un sueldo, tenía una condición jurídica más clara, un trabajo más liviano y una situación más segura. Por ello muchos campesinos emigraron a las ciudades, y si se producía una peste, las aldeas, de por sí semivacías, terminaban por extinguirse completamente. En conclusión, W. Abel propone enfrentar a la teoría de Malthus válida para una población en vías de expansión demográfica, la siguiente aplicable a la sociedad con índices demográficos descendentes: a una población que disminuye le corresponde una baja en los precios de los productos alimenticios, pues se requiere menos trabajo para producirlos. Las tierras menos productivas y mal situadas dejan de cultivarse. Los dueños de las tierras mejores deben conformarse con una renta territorial menor mientras suben los sueldos de los obreros, cuyo nivel depende ahora de la mayor producción debida a una intensificación de las explotaciones, de modo que el obrero ahora está en condiciones de adquirir los objetos que necesita o que aumentan su bienestar. Finalmente señala que las transformaciones de este período no se restringieron a la esfera rural y señala que sería equivocado aplicar a todas las ramas de la actividad el término "*secular slum*" acuñado por historiadores ingleses, refutado por las comprobaciones efectuadas en otros ambientes, como queda atestiguado por el aumento de los sueldos de trabajadores y artesanos e incluso sugiere un aumento de los ingresos per cápita durante la baja Edad Media. El producto social en cambio pone en evidencia un cuadro diferente. Las actividades comerciales e industriales y el bienestar de algunas ciudades significan poco cuando se entregaban propiedades enteras a cambio del vestido de una dama, se regalaban propiedades rurales y vastas extensiones de tierra

dejaban de explotarse. En un momento en que por lo menos las tres cuartas partes de la producción provenían del trabajo rural, no bastaron ciertas transformaciones en las ciudades para compensar las pérdidas debidas al retroceso del trabajo rural.

R. Sprandel analiza en el capítulo siguiente el tema de la industria y el comercio de 1350 a 1500 y comienza por señalar que, si bien las ciudades se vieron más expuestas a las pestes que el campo, sin embargo no perdieron el atractivo que ejercían sobre la población rural. Durante la baja Edad Media existió cierto excedente en el número de personas ocupadas en la producción industrial y aumentó la ventaja del comercio con relación a la industria en lo referente a los ingresos que brindaba, cosa que tuvo por consecuencia levantamientos obreros. Los soberanos descubrieron el valor del dinero como instrumento político. La creciente secularización de la sociedad se manifestó en sus costumbres de consumo que intentaban imitar aquellas de los grupos encumbrados de la sociedad. En las ciudades se observa la preeminencia de determinadas industrias sobre otras, como por ejemplo la de los tejidos, en el número elevado de personas ocupadas en ellas. En la industria textil comenzaron a aplicarse nuevas técnicas, especialmente en la esfera de las tinturas. En la herrería el principal cambio que se introdujo fue la fabricación de armaduras con planchuelas. Junto a las industrias tradicionales surgieron otras nuevas como la elaboración de fustanes, de telas de seda, la difusión de la pólvora, de diferentes tipos de balas, la imprenta, con relación a la cual la investigación contemporánea se inclina por dejar de lado la imagen del inventor único por considerarla la suma de hallazgos sucesivos en distintos lugares y que se vio fomentada por la nueva necesidad de leer, despertada en la nobleza y las burguesías educadas. Las alianzas entre gremios de ciudades diferentes indican la insuficiencia de la organización gremial anterior. Estas alianzas celebraban acuerdos referentes a la calidad y los precios de los productos y perseguían ante todo una política homogénea. Asimismo surgieron asociaciones de los oficiales que pertenecían a un mismo oficio, debido a la disolución de los lazos patriarcales que hasta entonces los habían mantenido unidos a los maestros, y los oficiales recurrieron con relativa frecuencia a huelgas para hacer valer sus intereses. Los sueldos eran relativamente bajos, aunque hubo miembros de la clase obrera que llegaron a acumular riquezas que no obtenían gracias a su trabajo, sino porque lo combinaban con el comercio. Durante el siglo XV se anunciaron tendencias depresivas en muchos gremios a través de la limitación del número de maestros y obreros y se adoptaron medidas que protegían a las industrias locales. Si bien el desarrollo de las industrias urbanas había evitado que evolucionaran industrias de aldea, en ciudades menores y aldeas existieron ciertos artesanos. Los zapateros, herreros y constructores de carruajes son los mencionados más a menudo en las fuentes y en determinados lugares surgieron actividades locales que complementaban a las industrias urbanas vecinas. Algunas actividades requerían ser realizadas lejos de las ciudades, como ser la explotación de las minas, acerca de las cuales ya se ha hablado. En muchas regiones se produjo ahora una retracción en la explotación minera, aunque en otras esferas se produjo una expansión, como fue el caso con la explotación de cobre en Mansfeld y la intensificación de la extracción de sal paralela a su importación

desde España y Francia. Se mejoraron ciertas técnicas, como la aplicación de máquinas que permitieron penetraciones más profundas y la extracción de plata a partir de minerales de cobre. Se constituyeron sociedades, en las cuales también participó la alta nobleza, cuyos capitales se destinaban a promover la explotación de las minas. La mano de obra minera se organizó de la misma manera que los trabajadores de las industrias urbanas. Durante el período 1350-1500 se produjo una gran intensificación en las comunicaciones, no sólo las comerciales, sino también las que perseguían fines políticos y de guerra. Se realizaban viajes de estudio, de placer y de aventura cuya meta más frecuente era Italia. Las fuentes mencionan a menudo el mal estado de los caminos y existen pruebas de que se les dedicaron más cuidados, además de mejoras en los medios de transporte, como ser la difusión de los coches para pasajeros. Asimismo el tráfico fluvial se vio beneficiado por la construcción de canales con esclusas. Los barcos mejoraron y aumentaron de tamaño y fue necesario mantener la profundidad de puertos y canales. El aprovechamiento de materia prima para las industrias urbanas solía proceder de las inmediaciones, con excepción del algodón y la seda, las tinturas y metales alemanes y extranjeros. Alemania comenzó a exportar cerveza a los Países Bajos. La exportación de cereales alemanes se desplazó desde Brandemburgo y Pomerania hasta Prusia y Livonia. En 1410 los caballeros teutónicos fueron reemplazados por polacos que efectuaban las exportaciones de cereales desde Danzig. Desde Dinamarca, Polonia y Hungría se inició una activa importación de ganado hacia Europa central. Los mercaderes hanseáticos debieron repartirse el comercio escandinavo con ingleses y holandeses. Durante el siglo XV Lemberg perdió su importancia comercial debido a la expansión turca y mercaderes alemanes se convirtieron en intermediarios en el comercio entre el Mediterráneo oriental y Europa del este. El Estado trató de participar de todas las maneras posibles en los beneficios de la actividad industrial y comercial y tomó medidas que se convirtieron en cargas para productores y consumidores. Lo mismo ocurrió debido a las numerosas interrupciones del comercio por guerras. En Alemania aparecieron como en Italia grandes firmas en cuya organización se nota una extensión y perfeccionamiento de la teneduría de libros y la contabilidad. Estas firmas fueron acusadas de provocar y fomentar aumentos de precios, de tendencias monopolizadoras, y fueron el objeto de la hostilidad popular y en algunos casos de levantamientos de gremios. Las empresas mencionadas se dedicaron a los negocios de dinero y capital. Por otro lado, la población podía obtener a través de prestamistas créditos a corto plazo. Estos negocios de dinero comenzaron por hacerse con empresas italianas y holandesas, pero más tarde, de acuerdo con la política generalizada de defender los intereses locales, se prohibieron los negocios de dinero con extranjeros. También se utilizaron las cartas de crédito en Alemania, aunque en medida menor que en Europa meridional, y entre ambos se mantuvo aproximadamente en 1:11. El oro adquirió una importancia cada vez mayor como moneda. En el siglo XIV ya constituía una cuarta parte de la moneda circulante y en el siglo XV las cuatro quintas partes. Hacia el fin de la Edad Media se produjeron importantes desvalorizaciones de moneda y surgió una gran confusión, pues hubo casos en los cuales tuvieron vigencia varios niveles de precio simultáneos:

el precio por contenido metálico de la moneda, el valor que tenía una moneda por costumbre o incluso un valor forzoso que le había sido adjudicado arbitrariamente. Para contrarrestar estos inconvenientes surgieron acuerdos regionales cuyos miembros convenían utilizar en sus transacciones una sola moneda en un ámbito determinado.

La historia social desde 1350 hasta 1500 también es analizada por R. Sprandel, quien afirma en primer lugar que el Imperio alemán de la alta Edad Media se quebró bajo el peso de su atadura a Roma, cosa que durante siglos le impidió poder construir un estado nacional. Durante el siglo XV se trabajó en Alemania por lograr una reforma del imperio y se osciló entre darle la forma de un imperio sacro y universal y un reino nacional. Las leyendas de Carlomagno tuvieron mucha difusión en dicho período y en ellas aparece en posición destacada Rolando como el personaje que contribuye a la victoria. Incluso en muchas plazas se construyeron estatuas dedicadas a Rolando. Surgió una literatura cuyo tema era la reforma del imperio y se sugirió que el emperador actuara con el apoyo de un consejo elegido por los estados, la nobleza y las ciudades. El escrito más conocido sobre este tema es la *Reformatio Sigismundi*. El análisis de las instituciones que colaboran con el emperador arroja un resultado bastante lamentable. En primer lugar hay que mencionar la asamblea de los príncipes electores, que sólo se reunían ocasionalmente. La Dieta tuvo una importancia mayor. En ella participaban todas las fuerzas soberanas del reino y, según los intereses creados de cada grupo, contribuyó a fortalecer o a debilitar a la autoridad central. Ya desde mediados del siglo XIV apareció un tribunal de cámara real en el cual se aplicaba el derecho romano y que hacía las veces de árbitro supremo. Junto a él aparecieron tribunales regionales. Al mismo tiempo subsistían ataduras de tipo feudal entre el emperador y sus vasallos feudales. En última instancia, durante la baja Edad Media el imperio fue una asociación de paz. Era deber y privilegio del emperador y del rey instaurar la paz en el territorio y restringir en la medida de sus posibilidades las luchas entre la alta nobleza, los caballeros y las ciudades. Surgió en este momento una especie de tribunal que sobrepasaba las fronteras territoriales, la *Veme*, que juzgaba casos y promulgaba sentencias que incluían hasta la pena de muerte, todo ello al margen de la justicia ordinaria y con la participación en la misma de personajes de elevada posición, incluso emperadores y reyes. El descontento social tuvo frecuente expresión durante el período analizado y tuvo su vocero más concreto en la *Reformatio Sigismundi*, mencionada ya, en la que se condenaban los condes, hombres libres y escuderos que tuvieran debajo suyo a hombres de condición servil. Exigía por otra parte la disolución de los gremios, pues en su seno se heredaban las posiciones de generación en generación y se impedía el ascenso de los grupos inferiores. La intranquilidad entre los campesinos comenzó a notarse en Alemania ya durante el siglo XIII, pero los levantamientos no se produjeron hasta el XV, para luego convertirse en la guerra de campesinos a comienzos del siglo XVI. En sus levantamientos los campesinos siempre invocaron al emperador y solicitaron su ayuda en la lucha contra quienes los oprimían y en la que debían mantener con enemigos exteriores como los turcos en el caso de los campesinos de Carintia y los Armagnacs

en Alemania. Un fanatismo especial se puso de manifiesto contra judíos y monjes, los dos grupos más indefensos de las clases dirigentes, y se llevaron a cabo persecuciones de herejes y brujas. En Alemania los principados territoriales desempeñaron las funciones que en otras partes de Europa les cupo a los estados nacionales, pero lo hicieron de manera incompleta debido a lo reducido de sus territorios y la legitimidad débil que apoyaba su autoridad. Los príncipes territoriales recibían sus territorios a través de una ceremonia de tipo feudal, y, aunque no ocurriera prácticamente nunca, el rey podía volver a despojar de su territorio a un señor. Existían principados laicos y otros eclesiásticos. Los primeros tenían por gobernadores a miembros de dinastías nobles que hacían valer derechos heredados para gobernar. En este período aparecieron las primeras crónicas de tipo cortesano referidas a los principados. La posición destacada de los príncipes territoriales por encima del resto de la nobleza los llevó a la imitación de la corte real e imperial. Por ejemplo, surgió un tribunal que imitaba al tribunal de cámara real. La fundación de numerosas universidades en los principados fue otra consecuencia de la imitación de las costumbres reales, después que Carlos IV fundó en Praga la primera universidad alemana. Surgieron así universidades en Viena, Heidelberg, Colonia y más tarde muchas otras. La fundamentación de la autoridad de estado en una dinastía podía representar un peligro para la continuidad de un territorio, pues si la dinastía se extinguía, el territorio podía ser dividido por el rey o unido a otros territorios. Hacia el fin de la Edad Media en Alemania hubo 51 obispados que dependían directamente del emperador y existía un número equivalente de monasterios en las mismas condiciones, con muchos de los cuales se habían formado señoríos territoriales cuya fuente de legitimidad era el que hubieran recibido su territorio a modo de feudo del rey. En el estado de los caballeros teutónicos la administración fue particularmente racional, pues estuvo encomendada a funcionarios eclesiásticos, con lo cual por una parte se evitó la posibilidad de la heredabilidad de los cargos y por otra siempre tuvieron un grupo de hombres capacitados para desempeñar cargos y funciones. Las instituciones de los principados contenían elementos antiguos junto a otros nuevos y fueron distintas de región en región. Los principados territoriales tuvieron sus tribunales propios y organizaban en forma individual su defensa y sus impuestos. Uno de los primeros impuestos indirectos que surgió fue el que se pagaba sobre la cerveza. Por otra parte, los príncipes territoriales dependieron de los tributos que les pagaban de manera más o menos voluntaria los terratenientes y las ciudades. Junto a esto se encontraban los bienes de cámara del príncipe territorial que servían de sostén a la administración y requerían un grupo de funcionarios que los administraran. También existían vínculos de tipo feudal en el interior de los territorios y se poseen muchos testimonios de que se trataba de limitar la extensión de los feudos de aquellas personas que poseían otros en un principado distinto, o se disponía que sólo pudieran vender su feudo a un vasallo del mismo territorio, como asimismo la necesidad de renovar los vínculos feudales cuando un nuevo príncipe iniciaba su gobierno. Los vasallos tenían obligaciones estrictamente reglamentadas que en determinados casos podían ser sustituidas por pagos de dinero. Paulatina-

mente se impuso la costumbre de agrupar a la nobleza eclesiástica, a los terratenientes y a las ciudades bajo la denominación de "los estados". La reunión de las ciudades de un mismo territorio y las asambleas de sus representantes constituyeron el punto de partida de las asambleas de los estados. Más tarde los caballeros se convirtieron en el grupo dirigente de los estados. En el año 1376 nobleza, ciudades y clero de la región renana reunidos votaron por primera vez un tributo especial para el señor del territorio. Si los estados tenían una posición fuerte en un territorio, podían limitar la autoridad del príncipe. El desarrollo e importancia adquiridos por los estados refleja la capacidad de resistencia que tuvieron las instituciones medievales en Alemania que impidió que evolucionara allí la monarquía moderna. Para pertenecer a la nobleza en este período se requería poseer una casa fortificada y no estar sometido a nadie más que al príncipe territorial. Hacia fines de la Edad Media se observa que los estados fueron volviéndose paulatinamente más rígidos, a lo cual contribuyó la confección de listas de aquellos que tenían derecho a participar en las asambleas de los estados. El número de miembros de la nobleza se redujo y la movilidad vertical de la sociedad disminuyó. Esta disminución se sintió más de abajo hacia arriba que a la inversa. El dominio de la baja Edad Media no presenta características unitarias. Existían distintos tipos que se escalonaban según los derechos del señor sobre los campesinos y en lo referente al derecho y a las prestaciones. En general se operó una consolidación de los derechos señoriales, aunque hubo excepciones importantes a esta regla. El aumento de las prestaciones que se les exigían a los campesinos contribuyó en gran medida a fomentar la intranquilidad entre ellos y a su emigración a las ciudades. La situación empeoró aún más cuando a comienzos del siglo XVI la legislación tendió a atar al campesino cada vez más a la tierra. Los campesinos a menudo tuvieron de su parte a la nobleza, pero cuando a mediados del siglo XV se entregaron a ésta muchas aldeas campesinas, los antiguos aliados de los trabajadores rurales contribuyeron a su vez a la reducción cada vez mayor de la posición social y económica de aquéllos. Ya en la alta Edad Media en los señoríos nobles se habían desarrollado aldeas fuertes que administraban por sí solas su economía y la justicia menor. La situación en los señoríos laicos o eclesiásticos dependía en medida importante de la situación en que se encontraran las relaciones entre el príncipe territorial y los señores de los dominios, de la parte que le tocaba a cada uno en la administración de la justicia, y en esta esfera se observa una concentración cada vez mayor de derechos jurídicos en manos de los príncipes territoriales. Los campesinos libres, que fueron numerosos desde Carniola hasta Westfalia, disfrutaron a menudo de autonomía jurídica dentro de un espacio determinado. En toda la extensión de Alemania existen testimonios que demuestran que los pequeños campesinos no tuvieron los mismos derechos jurídicos ni la posibilidad de acceso a los cargos en las aldeas como los campesinos más importantes. Las ciudades se vieron más afectadas que el campo por las grandes epidemias del período, pero hacia 1500 la población urbana no había disminuido o lo había hecho en medida muy reducida y en algunos casos incluso aumentó gracias al poder de atracción que ejercieron las ciudades. Las ciudades grandes habitualmente no recibieron sus aportes de población de las aldeas de

las inmediaciones, sino que ciudades menores hacían al papel de etapas intermedias. El número de habitantes de las ciudades se puede calcular sobre la base de las listas de impuestos. Así por ejemplo la población de Colonia y Danzig se puede estimar en unos 30.000 habitantes; Estrasburgo, Lübeck y Nuremberg tenían entre 20.000 y 22.000 habitantes; Bratislava entre 14.000 y 15.000, Stralsund entre 12.000 y 13.000 y Frankfurt del Meno alrededor de 9.000. El gran atractivo que ejercieron durante este período las ciudades se debe a que en ellas parecían estar dadas mejores posibilidades de subsistencia y las formas de vida burguesas permitían una libertad mayor que las del campo. La literatura solía describir al campesino de la manera más grotesca, aunque ello posiblemente haya respondido más a un esquema literario que a la realidad de los sentimientos. El distanciamiento entre la población urbana y la rural se refleja en la no participación de los grupos urbanos en los levantamientos rurales. Para el habitante de la ciudad resultaba más atrayente la imagen del noble terrateniente que la del campesino llano y trataba de identificarse más con aquél que con éste. En la formación del patriciado urbano a menudo participó la nobleza de los alrededores, pero incluso aquellos miembros del patriciado salidos de las actividades comerciales o industriales perseguían los ideales caballerescos y aspiraban a ser armados caballeros en la corte del príncipe territorial. Comenzó a operarse en las ciudades una diferenciación entre aquellos miembros del patriciado que habían logrado ingresar al orden de los caballeros y aquellos que simplemente eran ricos. Los primeros se agrupaban en sociedades exclusivas, pero en ninguna parte estos grupos fueron tan rígidos que la posesión de dinero suficiente no hubiera permitido el ascenso a la cúspide de la sociedad urbana. En esto diferían las ciudades del campo. La posesión de dinero siempre ejerció una gran fascinación, pero al mismo tiempo se produjo la valorización moral de la pobreza como consecuencia de los ideales humanistas que se difundieron en las clases urbanas al final de la Edad Media. Queda aún por investigarse la distribución exacta de la riqueza en las ciudades. Paralelamente con el aumento de los grupos muy ricos, parece haberse producido una disminución del número de personas de fortuna mediana, como asimismo se produjo un empobrecimiento de la clase obrera. En muchos casos tampoco se conoce la participación exacta de cada grupo en los levantamientos urbanos de los siglos XIV y XV, como asimismo fue variable de ciudad en ciudad la participación que tuvo cada grupo en el gobierno urbano. El fenómeno más generalizado fue la concentración cada vez mayor de las fortunas en manos de algunos pocos, quienes a su vez ejercían la influencia mayor en el gobierno, tal como ocurrió en Augsburgo. Por su parte, los gremios comenzaron a limitar el número de los maestros en su seno. El hijo heredaba el oficio del padre y sólo se podía llegar a ser maestro por otro medio si se contraía matrimonio con la hija o la viuda de un maestro. Debido a todo esto, los oficiales veían dificultado e incluso cerrado el ascenso dentro del gremio. Grupos marginales de la sociedad urbana fueron aquellos habitantes que se encontraban por debajo o fuera de los oficios, los hijos ilegítimos, los judíos, enfermos, ciegos, los pobres con o sin oficio y los locos. La iglesia asumió la carga principal del cuidado de todos ellos, a lo que destinaba las donaciones que recibía.

En cuanto a la posición de las ciudades dentro de la nación, hay que distinguir tres tipos: las ciudades imperiales independientes, las ciudades independientes dentro de un principado como Hamburgo y las ciudades menores. Sólo en los dos primeros casos podía llegarse a la formación de un territorio alrededor de la ciudad al estilo de los principados territoriales menores. Cuando esto se producía, interesaba menos el aprovisionamiento de la ciudad o la venta de sus productos que la seguridad de las rutas que llegaban a ella o la formación de un círculo defensivo contra eventuales agresiones desde afuera. Finalmente, los habitantes ricos de las ciudades invertían sus ganancias en la compra de propiedades rurales o de rentas provenientes de ellas. En el sud de Alemania surgió la institución de los ciudadanos exteriores a las ciudades que solían ser campesinos o trabajadores que vivían en el campo y se acogían a la ciudadanía de una ciudad vecina, a veces por aldeas enteras, y se evadían de esta manera de su señor sin trasladarse ellos a la ciudad. También hubo miembros de la nobleza que, sin abandonar sus residencias rurales, adquirían la ciudadanía de una ciudad. Las ciudades aceptaban a unos y otros pues lograban así una extensión de su territorio. Generalmente exigían que estos nuevos ciudadanos pasaran parte del año en la ciudad. Desde el punto de vista de los príncipes y de los señores de los dominios, este movimiento forma parte de la emancipación de los estados y de los campesinos, incluso de las rebeliones campesinas, y a menudo dio lugar a largas querellas con las ciudades.

Para finalizar, una mirada de conjunto al territorio sobre el cual evolucionaría en los siguientes siglos el estado alemán moderno nos lo muestra inacabado, con fuertes supervivencias de la idea imperial alto-medioeval y bloqueado en sus posibilidades de evolución debido a la gran estabilidad en cuanto factores políticos de las ciudades por un lado y los dominios rurales por el otro.

NELLY E. DE IOLSTER